

II.

Como seis meses despues de la conferencia que se acaba de referir, precipitábanse por los tortuosos senderos que descenden de las colinas y serpentean á través de los bosques y pantanos de la Célitica, várias, al parecer organizadas, caravanas de viajeros.

Una de estas expediciones avanzaba por la comarca habitada entónces por los tectósagos y con direccion á los llanos donde hoy se asienta la ciudad nombrada Carcasona (1). Sobre un carro de guerra tirado por dos caballos, y á la cabeza de esta expedicion, marchaba un jóven de aspecto bello y animoso, que, de espaldas hácia los lugares donde le conducian sus caballos, derramaba una extensa mirada sobre su séquito y parecia enviar su último adios á la tierra de que se alejaba. La muchedumbre que de tropel y en monton le seguia, y á la que él contemplaba de tiempo en tiempo, presentaba un aspecto miserable: las gentes que la componian vestian un ropaje pobre y deteriorado: sus túnicas, de un grosero tejido de lana, estaban raidas y descoloridas, y sus bragas completamente

(1) Capital del departamento del Aube con 19.000 habitantes.

desgarradas: por último, el cinturon de donde colgaban sus espadas, carecia de toda clase de adorno. La miseria y pobreza que presentaban en sus vestidos parecia aún más terrible al observar sus personas. Los hombres tenian casi todos el rostro lívido, descarnado y macilento, retratándose en sus fisonomías el hambre y el desfallecimiento de sus débiles miembros: las mujeres, abatidas, jadeantes y con las frentes bañadas de sudor, caminaban á pié llevando sus hijuelos sobre las espaldas, y en algunos trozos del camino se asian las infelices á las extremidades de los carros, donde yacian tristemente sepultados sus esposos, buscando así una ayuda para avanzar, que difícilmente y con gran trabajo les presataban las extenuadas bestias uncidas á ellos.

La numerosa comitiva trepaba el repecho de una colina, y el sol de Mayo añadia la pesantez de sus rayos á la fatiga de la marcha y á la penalidad de la subida.

Inmediato al carro que iba á la cabeza, distinguíase á un hombre, de barba y cabellos blancos, cabalgando sobre un asno. El lucido aspecto de este hombre y el de su bestia atesguaban que ambos se hallaban mejor alimentados que toda la legion de hombres y animales que les seguian.

Cuando el capitán ó jefe de esta turba

llegó á cierta allura, pudo amargamente observar que la fila de carros que caminaba en pos de él estaba rota y desunida: ninguno marchaba inmediatamente despues del que le precedia, y se distinguian muchos y desordenados intervalos. Luégo que el jóven *guerrero* hubo examinado un momento tan lamentable espectáculo, se inclinó hácia el anciano, y modulando su sonora voz hasta el tono de la súplica:

— Astrucion, le dijo, vuelve la vista y contempla á nuestros soldados y á sus mujeres que apénas pueden seguirme, aunque procuro contener la fogosidad de mis caballos. Toma tu arpa y entona algun canto que reanime su valor y les haga más soportable la fatiga del camino.

El anciano miró al jóven de reojo, y le respondió con tono irónico:

— ¿Dónde está, Bebrix, mi parte del botín para que yo cante?

— ¿Tu parte del botín, bardo? objetóle Bebrix. — Si tus cantares han de infundir ánimo á mis guerreros para conquistarlo y tú me rehusas tu voz, ¿cómo he de llegar á conseguir ese resultado?

— ¡Maldigo el dia en que me ligué al porvenir de un jefe tan pobre como tú!

— Yo tambien maldigo el dia, añadió Bebrix, en que te elegí para bardo de mis tropas, cuando habias sido expulsado de

la Sagrada Selva por haberte embriagado durante las ceremonias y por haber sustraído á una viuda el cordero que ofrecia en sacrificio por la vida de su hijo.

— Ese crimen no pudo ser probado, Bebrix, y si desde entónces he vivido proscrito y separado de mis compañeros de ciencia, es porque la virtud está sentenciada á sufrir sobre la tierra.

Bebrix lanzó una colérica mirada al miserable bardo, y apoyando su espalda en el fróntis del carro se cruzó de brazos y guardó profundo silencio.

— Tú me diriges miradas de desprecio, Bebrix, porque soy pobre y porque me ves separado de la comunidad de los míos: haces más todavía; te burlas cuando formulo mis quejas por las persecuciones que sufre la virtud; y sin embargo, debieras tener presente que la historia de mis infortunios es la tuya propia, Bebrix. Perteneces á una familia de raza noble y antigua, eres jóven, eres hermoso y eres fuerte y valiente entre los más fuertes y valientes; pero eres pobre, y cuando has pretendido de Valla su amor y su lecho, te ha despreciado; se ha mofado de tí, y su padre, el viejo Ruscin, ha ordenado que se te arroje fuera de su morada. Aun hay más: no hace muchos días que al presentarte á nuestros guerreros, para conducirlos cerca del rey Ambi-

gat, se han negado á seguirte y han preferido á Saron, á quien has vencido tantas veces en nuestros juegos, y á quien has aventajado siempre en nuestras luchas contra los íberos. Y todo, ¿por qué? Porque Saron se ha enriquecido recolectando el oro que arrastran las arenas del Ariege (1) que baña sus tierras y sus estados; porque posee numerosos rebaños que siguen á su armada y que aseguran á sus soldados una suculenta vianda despues de una penosa jornada. ¿Por qué has sufrido á la vez los desdenes de la jóven Valla y los de un pueblo? Porque eres pobre. ¿A qué, pues, me arrojas al rostro mi pobreza?

— No es tu pobreza, Astrucion, lo que te mancilla, sino tu licencia y tus vicios.

— Es posible, afirmó el bardo: pero ¿quién te dice que la pobreza no haya podido ser la madre de mis faltas? Aun eres jóven, Bebrix, y no has tenido ocasion de luchar más que con la miseria; pero empiezas á vivir, y es posible que durante tu existencia te asalten violentas pasiones que aumenten la desgracia de tu pobreza. Llevas ya en tí el gérmen de esas pasiones, Bebrix: yo he tenido ocasion de observar que cuando Saron se presentó delante del pue-

(1) Río que corre por el antiguo condado de Foix, por el Donnezan, el Cousserans y una parte del Langüedoc: en la antigüedad arrastraba arenas de oro.

blo, adornado con sus brazaletes y cadenas de oro, parecia que tus ardientes miradas intentaban fundir el metal en las muñecas y sobre el pecho de tu rival. Cuando el rey Ruscín te ha hecho arrojar fuera de su morada, tú no has manifestado orgullo ni indignacion, y has guardado silencio; pero ni has humillado la vista al suelo dominado por el abatimiento; ni has elevado los ojos al cielo demandándole justicia, sino que has fijado tu siniestra mirada sobre el pecho del anciano en direccion al corazon, que era el sitio donde quisieras herirle. Tú tienes una desmedida ámbicion de oro y de venganza: estas dos pasiones ó incentivos que con la posesion de las riquezas pueden considerarse sólo como vicios, conducen con la pobreza al crimen. Tenlo entendido.

— Bardo, dijo Bebrix, sin acusar conmocion; acabas de cumplir uno de los sagrados deberes de tu ministerio, porque me has hecho oír sabios consejos; pero no era eso lo que yo te habia exigido, no era eso lo que continuo exigiendo de tí: el desórden impera en nuestras filas, los más robustos y esforzados van á dejarse vencer por la fatiga y el cansancio. Reanimalos con tus acordes.

— ¿Cómo quieres que yo infunda á los demás un valor que empieza á faltarme á

mí propio? Si al ménos me fuese sustentado con un trago de hidromel (1) ó con alguna moneda de plata....

La fisonomía de Bebrix se contrajo ligeramente, y aunque con repugnancia, se inclinó al fondo del carro, y sacando una pieza de plata de una gran bolsa de cuero que llevaba escondida bajo sus piés, la mostró á Astrucion diciéndole:

— Hé aquí la recompensa que pides sin haberla ganado. El reducido tesoro que llevo conmigo me cuesta demasiado caro, bien lo sabes; y no debo, por tanto, dilapidarlo: procura, pues, no abusar.

— Ciertamente, dijo Astrucion, que el préstamo de ese dinero te cuesta bastante, y que te has obligado á devolverlo en esta vida ó en la otra: la muerte no libertará á tu alma de esa esclavitud, si ántes no has podido salvar ese compromiso (2). Pero

(1) Bebida fermentada, en cuya composicion entra la miel y el agua tibia.

(2) Los celtas, y más tarde los galos, hacian contratos de préstamo en que el deudor quedaba obligado á devolver el importe de la deuda en el otro mundo, si no lo habia pagado ántes de su muerte. Respecto al deudor era un compromiso tremendo, que sólo se contraia bajo la presion de grandes necesidades. En cuanto al prestamista se consideraba como la mejor manera de imponer el capital, y dadas sus creencias de que las necesidades de la vida continuaban despues de la muerte, semejantes imposiciones las juzgaban previsoras. Diodoro de Sicilia hace mencion de estos singulares contratos en su *Biblioteca histórica*. — (N. del T.)

eres jóven, Bebrix, y así, pues, no has cometido ninguna gran imprudencia.

— Luégo que la guerra estalle, objetó Bebrix, yo sabré conquistar la mejor parte del botin y no sólo podré librarme de ese compromiso, sino que habré adquirido riquezas que afiancen mi porvenir, resultando que ese préstamo no habrá sido un mal negocio. Entre tanto, canta, Astrucion, y atrae á mis compañeros hasta el término de nuestro viaje.

— Estoy dispuesto; respondió el bardo sacudiendo su blanca cabellera y elevando los ojos al cielo. La vulgar expresion de su fisonomía desapareció de súbito ante la inspirada meditacion á que se entregó realmente, ó bien aparentó entregarse el anciano con magistral y cómica actitud; puesto que siendo la poesía en esta época un medio, era un oficio, sin que en la esencia haya dejado de ser nunca un arte. Astrucion, pues, entonó el himno siguiente:

• Marchemos.

• La Sagrada Selva donde se rinde culto á la estatua del gran Teutates, ha resonado con los ayes de un gemido lastimero: lúgubres alaridos salen de sus entrañas: monstruosos reptiles brotan por doquier, y ensangrentadas llamas han coronado sus más altos arbustos.

• ¡Marchemos!

• Esas siniestras manifestaciones nos anuncian el estallido de una guerra terrible. El rey Ambigat ha convidado á su pueblo: ¿hemos de llegar los últimos al sangriento festín? ¿Tomaremos parte en él cuando ya nuestros hermanos se hayan saciado de sangre y de botín?

• ¡Marchemos!

• El que no pueda llegar será más despreciable aún que el desertor. Porque el que huyó, tuvo fuerzas para huir; mas el que no puede llegar es un débil y un cobarde.

• ¡Marchemos!

• Si no quereis ser maldecidos y servir de escarnio durante vuestra vida.

• ¡Marchemos!

• Si no quereis que vuestros hijos se rebelen contra vuestros mandatos.

• ¡Marchemos!

• Si os aterra la idea de que podais ser alejados de los sacrificios y andar errantes por los bosques como bestias feroces: y en fin, si pretendéis que se respete vuestra tumba

• ¡Marchemos!

Este himno entonado con voz clara, sonora y penetrante, invadió los aires, y el eco fué repitiendo sus notas por todo el flanco de la montaña: como chispa eléctrica encendió el valor en los corazones de aquellos estenuados soldados, que monta-

ron la colina, cuya escarpada ladera los habia tan cruelmente despeado; y á la pocas horas descendieron á una extensa llanura, donde ya se hallaban acampados otros ejércitos. A cada campamento servia de trinchera un círculo formado con los carros de sus guerreros, en cuyo centro vivaqueaban todos los de la comarca ó estado que militaban bajo la conducta ó bandera de un mismo jefe. Bebrix distinguió desde luego el campo de Ruscín y el de Saron. Eran éstos de una extension vastísima: el considerable número de sus carros, pintados de diversos y vivos colores, los circunvalaban y cerraban completamente: hermosos y bien pensados caballos relinchaban sin cesar desde sus amarraderos, y numerosas hogueras ardian por todos los extremos, despidiendo suculentos vapores y anunciando que las provisiones de aquellas gentes eran abundantes.

Aunque este aspecto de riqueza y prosperidad hubiera podido poner más de relieve su pobreza á los ojos del mismo Bebrix, no obstante, una exclamacion de orgullosa alegría se escapó súbitamente de sus labios al divisar los dos ejércitos.

—Compañeros, gritó dirigiéndose á los suyos; los hemos alcanzado. Orgullosos de sus riquezas y desdeñando nuestra miseria, emprendieron su marcha dos dias án-

tes que nosotros. Ved ahí á los guerreros que no me han querido por jefe y á los jefes que no os han admitido como soldados, arrastrando lentamente por los campos su pesada opulencia, en tanto que nuestra humilde pobreza llega en ménos tiempo, sostenida por nuestro valor y nuestra fortaleza. Si ellos se mofasen hoy de nuestro escaso número y de nuestro modesto atalaje, no léjos está el dia en que nos admiren y respeten cuando nos vean ser siempre los primeros en la pelea, y nos envidien luégo por las riquezas y el botin que conquistemos.

Una prolongada exclamacion acogió las palabras de Bebrix, el cual, despues de entrar en la llanura seguido de sus guerreros, fué á asentar el suyo entre los campamentos de Ruscín y de Saron, equidistante de ambos.

Miéntras Bebrix ordenaba é inspeccionaba la colocacion de sus carros en circulo, acudian al límite de sus respectivos campamentos los soldados de Ruscín y de Saron, atraídos por la curiosidad. Los recién llegados fueron acogidos, desde luégo, por sus vecinos, con insultantes y estrepitosas demostraciones de mofa, y cada vez que un carro destrozado ó un caballo sin vigor dificultaba la maniobra, lanzaban contra Bebrix y sus soldados sangrientos sarcas-

mos, agotando el diccionario de los improprios y de los insultos. En un principio los sobrellevó Bebrix con prudencia, y aún procuró contener la irritabilidad de sus soldados; pero el silencio de éstos envilentonó á los provocadores y se aumentaron los ultrajes, hasta el extremo de no burlarse solamente ya de su miseria, sino de la cobardía y de la paciencia con que soportaban y sufrían tan groseras injurias. No bien uno de los más arrogantes y osados hubo proferido tan imprudentes y provocativas palabras, vióse á Bebrix lanzarse iracundo hácia el campamento de Saron, que era de donde partían los más estrepitosos chillidos y los gritos más violentos, y acercándose á uno de los carros sobre el que se hallaba de pié un guerrero de atléticas formas y de colosal estatura, le habló así :

—Tu me acusas de paciencia; pues bien, Naumes, yo voy á poner á prueba la tuya, y no será ciertamente con las malas palabras como he de castigarte, porque la lengua es el arma que emplean los cobardes; tampoco castigo con la espada á los que manejan la lengua, porque no quiero deshonrar mi acero con la tinta de sangre tan villana. Mira, pues, como los castigo.

Y de repente sacó Bebrix de debajo de su túnica una larga fusta de cuero con

flexible mango de acebo, y describiendo con ella un rápido círculo sobre su cabeza, azotó y cruzó una y otra vez con tremendos chasquidos al formidable guerrero que aún permanecía sobre su carro. Colérico Naumes con tan pública y sangrienta injuria, asió con las dos manos su mortífera azagaya (1) y la arrojó furiosamente contra Bebrix; pero el jóven capitán evadió el golpe con una serenidad y ligereza admirables, dando un salto airoso, y el dardo fué á hundirse en el mismo sitio que él ántes ocupára, enterrándose casi por completo. Entónces Bebrix se apoderó del arma, y despidiéndola con fuerte brazo, por encima de los carros, al interior de su campamento, gritó á sus soldados:

— Ahí va, les dice, un asador que nuestros amigos, los guerreros de Saron, nos regalan para abumar trozos de buey.

Naumes, indignado más y más con la nueva afrenta que acababa de recibir, toma su broquel y su espada, arrojándose del carro para precipitarse contra Bebrix; pero ántes que sus piés hubiesen tocado sobre la tierra, éste lo castiga segunda vez con el látigo, diciéndole:

(1) Arcaduz, dardo ó azagaya; era una pequeña lanza cuyo regatón lo formaba una maza de hierro, y que usaban los celtas para lanzarlo contra sus enemigos ó para golpearlos, según los casos. *Vel cominus vel eminus pugnant.*—(N. del T.)

— No has saltado con limpieza, Naumes, y si mis lebreles no salvaran mejor que tú tan pequeño obstáculo, yo les haría morir.

Naumes no respondió sino con un colérico alarido, y armado con su pesado acero y cubierto con su inexpugnable escudo, avanzó sobre Bebrix; éste, cuyos piés aventajaban en ligereza á los del más veloz gamo, evita fácilmente su alcance y se burla de su persecucion. Naumes le sigue encarnizadamente, y aparentando Bebrix dejarse alcanzar, da un salto de flanco miéntas que su enemigo, no pudiendo contener el impetu de su carrera, traspasa el sitio donde se habia detenido el jóven, el cual le asesta un nuevo fustazo que le desgarras las espaldas; vuélvese Naumes furioso, y entónces Bebrix aprovecha este movimiento para azotarlo en el rostro, de donde le hace brotar copiosamente la sangre. Un rugido feroz de dolor y de rabia se escapa del pecho del soldado, y renuévase su persecucion más rápida y más desesperadamente.

Entre tanto las mujeres, los niños y los soldados de los tres ejércitos se habian agolpado al limite de sus respectivos campamentos y presenciaban con ansiedad tan extraña lucha. Distinguíase, entre los suyos, á Saron por el lujo y esplendor de sus vestiduras; Ruscín, que acompañaba á

su hija Valla, estaba á su lado confundido entre los espectadores.

El combate de Bebrix con el gigantesco Naumes se asemejaba, en aquellos momentos, á la fuga de una liebre perseguida por un enorme galgo; los ardidés y extratajemas de Bebrix para burlar al enemigo que tan de cerca le acosaba parecían agotarse, y en vano habia recortado ó cambiado de direccion várias veces en su huida, porque Naumes habia seguido rápidamente sus movimientos. Los aullidos y la algazara de los soldados de Ruscin y de Saron, excitaban á Naumes contra Bebrix, miéntras que los guerreros de éste último permanecían silenciosos, inmóviles y atemorizados con el probable desenlace de aquel duelo singular.

Bebrix habia ya recorrido por dos veces la distancia que separaba el suyo de los otros campamentos vecinos, y aunque Naumes no habia ganado terreno, tampoco lo habia perdido; nadie dudaba, por tanto, que siendo esta una lucha de agilidad, vigor y resistencia, se veria Bebrix extenuado mucho ántes que el robusto atleta que lo perseguía, pues ya en várias ocasiones habia escapado sólo en virtud de desesperados esfuerzos. Pero en el momento en que Valla se presentó al lado de su padre, sobre uno de los carros que cercaban el

campo de Saron, Bebrix lanzó una entusiasta exclamacion, y revolviéndose á cada instante en su carrera, descargaba crueles latigazos sobre su adversario, gritándole con tono sarcástico:

— Vamos, Naumes, vamos, más lijero; repara que nos observa una hermosa jóven.

Entónces pudo comprenderse que si Bebrix habia prolongado la lucha habia sido con el solo objeto de interesar y llamar la atencion á ciertos y determinados espectadores.—Viósele, en efecto, que se encaminó rápidamente al sitio donde se encontraba Valla, dejando á Naumes muy atrás, para tener tiempo de dirigir algunas palabras á la jóven, que se hallaba de pié sobre uno de los carros, teniendo á su lado una mujer de extraordinaria estatura y con el rostro velado por un manto. Bebrix no hizo reparo en esta mujer, y dirijiéndose á la hija de Ruscin:

— Valla, le dijo, ejercito á los soldados de tu amante en la carrera, para que sepan huir cuando se vean frente al enemigo.

— Veo, por el contrario, respondió ella, que los adiestras en la persecucion; debieras no volver la espalda y enseñarlos á encontrar á sus adversarios cara á cara.

— ¿Es que tienes sed de la sangre de ese hombre y quieres verme frente á él? preguntóle Bebrix.

— La sangre no se vierte sino con la espada, respondió Valla, aludiendo con desprecio á la fusta de que estaba armado Bebrix.

— Tambien se hace brotar con el látigo, replicó el jóven capitán, y más de una adúltera, bajo sus golpes, ha regado con la suya el sendero que conduce á la fangosa laguna donde ha sido sepultado su cadáver y su infamia.

Valla palideció avergonzada, porque su madre habia merecido y sufrido aquel suplicio. Ruscin, trémulo de cólera, gritó á Naumes, que á la sazón llegaba.

— ¡Soldado! te prometo una libra de plata por cada gota de la sangre que ese miserable oculta en sus venas: hiérole sin piedad, que yo te aprontaré la recompensa.

Alentado Naumes con tal oferta llegó á dos pasos de Bebrix, y ya habia levantado contra él su terrible acero, cuando repentinamente se le vió caer á tierra impelido por una fuerza extraña. Era que Bebrix habia enredado hábilmente el extremo de su fusta en las piernas del guerrero, y tirando con violencia le hacía dar con el rostro en el suelo. Antes que el soldado hubiera podido intentar levantarse, comprendió Bebrix la carrera llevándole tras sí á la rastra, en tanto que Naumes dejaba escapar la espada y se destrozaba las manos por asirse á las escabrosidades del ter-

reno. Estos esfuerzos hicieron que cediese la resistencia de la fusta separándose el cuero del mango, que quedó en las manos de Bebrix; pero conociendo éste todo el peligro de la situación, saltó ligeramente sobre la espada, apoderóse de ella, y en el momento que Naumes se ponía de pié, suspendióla un instante sobre su cabeza; más ántes de descargar el golpe, que hubiera puesto término al combate, arrojó el acero al campamento de los suyos diciéndoles: — ¡Compañeros! Allá vá otro regalo de nuestros vecinos.

Y solo con el mango de acebo de su látigo descargó á Naumes tan tremendo golpe en la cabeza, que el fornido cuerpo del soldado dió en tierra nuevamente con estrépito, como cae la res bajo el martillo del carnicero.

Bebrix se alejó aún esta vez.

Aturdido Naumes por el golpe que habia recibido, levantóse desatentado, dirigiendo inciertas miradas en derredor, como un hombre desvanecido por la embriaguez; presentaba el horroroso aspecto de la hidrofobia vencida que se encarniza en la lucha; una vercosa espuma cubria sus cárdenos labios, y su pecho exhalaba roncas imprecaciones. Por fin, su vista encontró á Bebrix, que se habia detenido delante del carro de Valla.

— Te aseguro, decía á la jóven, que ese hombre no podrá ver mis talones sino cuando yo quiera tenerlo humillado bajo mis piés.

Acababa de pronunciar estas palabras, cuando apercibióse que el soldado le acometía con la ferocidad de un jabalí herido que embiste contra el venablo que debe rematarlo, Considerando Naumes que ya no se trataba más que de una lucha cuerpo á cuerpo, se ilusionaba con la victoria, y era tal la cólera que lo cegaba, que había arrojado el escudo léjos de sí, olvidando que esa era la mayor afrenta para un guerrero (1).

Pero se engañaba: Bebrix había tenido tiempo de preparar con el cuero de su cinturón el mango de su fusta, y cuando el soldado llegó hasta él, recibió fuertes latigazos en el rostro, por carecer ya del broquel con que ántes se amparaba. Furioso Naumes, avanzó bajo aquella lluvia de golpes; Bebrix retrocedía con agilidad descargándole siempre. Aullando y babeando de ira, el soldado embistió áun: Bebrix continuó azotándole sin piedad. Cubrióse el rostro con las manos y precipitose contra el jóven; pero un fuerte y cruel latigazo le hizo crujir los dedos. No lo de-

(1) *Scutum reliquisse præcipuum flagitium.*

tuvo tanto dolor; pero castigado incesantemente por un brazo infatigable, cada paso le costaba un grito de rabia ó desesperacion. Bien pronto sus vestidos volaron hechos jirones y teñidos de sangre; los anchos y acardenalados surcos, que el látigo imprimía en su desnudo cuerpo, comenzaron á brotar sangre, bajo la acción de nuevos, repetidos y más crueles golpes. Por último, el león, no pudiendo echar la zarpa á un enemigo que le maltrataba sin cesar y al cual no divisaba sino al traves de la sangre que le velaba los ojos, se detuvo. Abatido y dominado por la desesperacion, reconoció su impotencia; domada la ferocidad de su valor y con los músculos cubiertos de contusiones y dolorosas heridas que visiblemente entraban en estado de inflamacion, retrocedió, vaciló y, finalmente, volviendo las espaldas emprendió la fuga. Un estallido de vítores y aclamaciones de triunfo resonó con alegría en el campamento de Bebrix, silencioso y triste hasta entónces; mientras que en los campos de Ruscin y de Saron se agitaba la soldadesca desenfrenada á semejanza de un mar tempestuoso y revuelto. Bebrix, entre tanto, perseguía despiadadamente al vencido Naumes descargando sobre él inhumanos azotes, cual si llevase por delante una indómita bestia.

— Ya ves, le gritaba, si tengo paciencia como decías; huye, huye, que yo te seguiré incansable para justificar que tenías razón.

Naumes, aterrado por esa desatentada desesperación que no procura nada para salvarse, huía, en efecto, sin dirección y sin curarse de ganar un asilo; de modo que Bebrix le hubiera indudablemente hecho morir de tan horrible suplicio si algunos soldados de Saron no se hubieran lanzado á socorrerle. Bebrix entonces se detuvo; otro grupo de guerreros salía también del campo de Ruscin, y por todas partes se observaba gran tumulto y espantosa confusión; los carros, al girar sobre sus ruedas para engancharlos á los caballos, crujían con estridente y amenazador sonido; se embridaban los corceles; todos corrían á las armas, y el aire retumbaba con horribles imprecaciones, en las cuales se mezclaba siempre el nombre de Bebrix. Empero ningún soldado se presentaba solo para luchar con el joven capitán, y todos se aprestaban á un combate general, disponiéndose á vengar la afrenta que había inferido aquel á uno de los guerreros de Saron.

Bebrix reconoció entonces la loca imprudencia que había cometido, y se replegó á su campo, decidido á defenderlo con fuerte

ánimo y heroica resistencia; aunque casi cierto de que no podría rechazar el doble ataque de sus enemigos ni el empuje de tan numerosas tropas. Sin embargo, habló algunas palabras á Astrucion, y se vió salir á éste del campamento y trasladarse primero al de Ruscin y en seguida al de Saron.

Ya los carros estaban en pié de guerra y los desgarrados y roncocos ecos de las trompas vibraban en el espacio. No podía dudarse que se trataba de atacar el campamento de Bebrix y, en efecto, fué éste cercado bien pronto por medio de rápidas y bien ordenadas evoluciones; pero en el momento que varias huestes se precipitaban para asaltarlo, fueron contenidas por la severa presencia de unos hombres cubiertos con tálares vestimentas de lino blanco, que se interpusieron entre los ejércitos. Eran los bardos y sacerdotes que seguían á Ruscin y á Saron, los cuales habían sido testigos de las injurias é insultos inferidos á Bebrix, y de la venganza de éste. Esos hombres respetables tenían dos santas y sagradas misiones entre los celtas: la de excitarlos á la pelea contra sus enemigos, y la de calmar sus furios cuando en luchas fratricidas intentaban destrozarse mutuamente. Habían sancionado ó permitido el combate de Bebrix con Naumes, por-

que lo consideraron justificado é igual; más se interponian ahora para evitar esta colision, porque estando la razon y el derecho de parte de los que eran ménos en número, no tenian por justo que sucumbieran bajo el peso de la brutal fuerza de los más.

Hubo algunos guerreros que bien por osadía, por animosidad, ó ya por exceso de furor, continuaron avanzando sin guardar respeto á los Bardos; y observando éstos la obstinacion y ceguedad de aquellos, entonaron á coro y con atronadoras voces un terrible canto de maldicion contra los que desobedecieran sus mandatos. Un profundo terror sobrecogió á los más feroces; todos permanecieron inmóviles un momento y, por último, inclinando las cabezas retrocedieron lenta y silenciosamente, aplacando sus rencores, y fueron á encerrarse en sus campamentos, como si la atronadora voz del Gran Teutates les hablase desde lo alto del firmamento.

La noche de ese mismo día hallábase Bebrix tendido sobre la tierra, descansando de sus fatigas, y arropado en la enorme piel de un gran oso que él mismo habia muerto en los nevados montes Pirineos. Observaba á sus soldados que devoraban en silencio algunos frugales alimentos, teniendo por todo licor el agua de una de

esas fuentes que el hospitalario pueblo celta señalaba á los viajeros con un colosal monolito (1), mientras llegaba á sus oidos, de no apartados lugares, la gritería y festiva algazara de los soldados de Ruscín y de Saron, que se embriagaban con hidromiel al amor de inmensas hogueras, donde condimentaban succulentas provisiones. El contraste que tan de relieve ofrecia á la observacion de Bebrix el aspecto de estos campamentos no podia ménos de contristar su ánimo, y meditaba muy profundamente acerca de la determinacion que deberia adoptar. En un principio habia sido su proyecto adelantarse en la marcha á los ejércitos de sus rivales, porque habiase jurado á sí mismo llegar ántes que ellos á la Asamblea general de la Nacion; pero despues de su combate con Naumes, le detenia la consideracion de que pudieran creer que huia la presencia de Ruscín y de Saron. Por otra parte, le repugnaba seguir en pos de ellos y que sus tropas recojiesen por el camino los despojos y desperdicios de los festines de las otras.

Sumerjido en estas reflexiones se halla—

(1) Los celtas construian fuentes en los campos y en los senderos, indicando su existencia por medio de enormes piedras, á las que empotraban una cadena, y pendiente de ella una esdilla ó vasija de hierro para uso del caminante. — *N. del T.*

la, cuando le hizo estremecer el sonido de una voz dulce, que pronunció su nombre.

— Bebrix, dijo la voz. No creas que hayan degenerado de su noble raza todas las hijas de los celtas, hasta el punto de preferir el débil guerrero que posea ricos collares y brazaletes de oro al valiente y fuerte soldado que no tenga más patrimonio que su tajante acero y su inexpugnable escudo.

— ¿Quién eres tú, preguntó Bebrix, que has osado penetrar en mi campamento sin mi permiso? ¿Quién eres tú que has podido conseguirlo sin que mis centinelas te hayan rechazado?

— Bebrix, el amante que pretende introducirse durante la noche en la habitación de su manceba, lleva consigo hojaldres de harina y miel para acallar á los mastines que guardan la morada. Yo he venido provista del hojaldre que habia de seducir á los más leales centinelas, y he llegado sin obstáculos hasta aquí, porque tenia mandato de mi dueña y señora para superarlos á todo precio.

Así habló una mujer encubierta, de elevada estatura, que permanecía de pie ante Bebrix.

— ¿Luégo entónces, una mujer es la que te envía? preguntó el jóven capitán.

— Sí; una noble mujer que te ha visto hoy castigar con valor y destreza la insolencia de Naumes, y que te ha juzgado con más títulos que á tus rivales para marchar á la cabeza de los valientes Tectósagos (1).

— ¿Qué mujer ha podido verme hoy, objetó Bebrix, que no sea la hija ó la esposa de uno de los soldados de Saron ó de Ruscin? Y siendo así, ¿qué interés puedo inspirarle?

— Tu memoria te es infel, Bebrix, ó fijas poco tu atención en ciertos detalles importantes. ¿Te acuerdas que cuando Vintex, el emisario de Ambigat, se presentó en tu comarca, no iba solo?

— Recuerdo que le acompañaba su esposa Elomare, la sobrina muy amada de Ambigat, hermana de Sigoveso y Velloveso.

— Y recordarás, sin duda, que no queriendo Vintex exponerla á los peligros de un molesto y largo viaje, la dejó al cuidado de Ruscin y en compañía de su hija Valla, mientras él marchó al país de los Alóbrojes (2).

— En efecto, Elomare debe estar en el campamento de Ruscin, que tiene el honorífico y precioso encargo de conducirla cer-

(1) Pueblos de las Galias en la primera Narbonense, que era la region comprendida entre el Mediterráneo y los Pirineos al Sud, y el Ródano al Este.

(2) Parte de la Galia Narbonense que hoy es la Saboya.

ca del rey Ambigat; pero es imposible que sea ella quien te envia. Elomare, tan admirada por su extraordinaria belleza como respetada por su intachable virtud, no comete la imprudencia de confiar á labios ajenos semejantes mensajes.

—Veo que la conoces perfectamente, respondióle la extranjera con dulce voz y noble ademan. Elomare no podia confiar á nadie esta mision, y por eso mismo vé ahí que es Elomare en persona quien la desempeña.

— ¡Elomare! exclamó Bebrix incorporándose respetuosamente.

— ¿Es cuerdo pronunciar mi nombre en voz alta para que lo oigan todos tus soldados, jóven imprudente? ¿No es mucho que tú lo hayas sabido? Obsérvole la noble celta con altiva y fría dignidad.

— Elomare, bulbucoó Bebrix con voz apenas perceptible; ¿qué interes ha podido conducirte á mi campamento sola y en medio de la noche?

— Si no lo has comprendido, Bebrix, tendré necesidad de retirarme.

— Y si me permitiere comprenderlo, ¿cómo podria yo corresponder á ese interes?

— Tambien tendria dolorosa precision de abandonarte, si no adivináras la manera de corresponder á él, tristemente apenada

por haberme equivocado en mis apreciaciones y juicios sobre tus condiciones.

— Detente, Elomare, y escucha. Aquí se detuvo el jóven capitan, y luégo con noble lealtad y franca resolucion continuó. Puesto que vienes del campamento de Ruscin, y puesto que eres la compañera de su hija, no debes ignorar..... que amo á Valla.

— Lo sé.

— ¿Y crees que una pasion alimentada en el corazon tantos años, que es mi vida y el alma de mi alma, pueda extinguirse de repente para dar lugar á un nuevo amor?

— Lo ignoro, respondió Elomare despues de un marcado silencio, durante cuya meditacion se resolvió á variar el rumbo de sus pensamientos. Lo ignoro, repitió, y poco me importa, porque á lo que vengo no es á hablarte de amor, sino de importantes proyectos de grandeza y de poder.

— ¡Habla, habla! interrumpióle Bebrix con marcado sentimiento de júbilo y como si se hubiera libertado de un peso enorme.

— No sería bastante duradera la noche si hubiera de decirte todos mis proyectos. Por ahora sólo importa que sepas que Ruscin y Saron, irritados con el ultraje que les has inferido castigando la insolencia de Naumes, han formado el proyecto de perderte.

— ¡Oh, qué vengan! exclamó Bebrix acariciando su espada, ¡qué vengan! repitió.

— Escucha y aprende, continuó Elomare apagando el sonido de su voz. Te importa ejercer una exquisita vigilancia; cuando la noche cierre por completo y el silencio reine por todas partes, vendrán á merodear alrededor de tu campamento ocultos emisarios de Saron, no con la intencion de apoderarse de tus carros sino para sorprender la buena fe de tus soldados y robarte la fidelidad de ellos: astutamente excitarán á unos con magnificas promesas de bienestar, y regarán la plata en las manos de los otros. Así quedarias sorprendido y asombrado si, queriendo adelantar mañana tu marcha á la de tus rivales, no te seguian tus guerreros, y si te resolvias á caminar detras de aquellos, te verias abandonado de los tuyos; que todos desertarian de tus banderas para alistarse en las de otro jefe.

— ¡Intentan anularme!

— Eso precisamente. Y si lo consiguieran, al llegar tú á la Asamblea general de la Nacion te sería imposible tomar sitio entre los jefes, puesto que no conducias soldados á quienes mandar.

— ¡Ah! exclamó Bebrix, yo castigaré el cobarde proyecto de esos infames.

— ¿De qué manera?

— Combatiéndolos.

— ¡Ah, Bebrix! cuando el oro es el arma de los enemigos no hay combate posible.

— ¿Y qué hacer entónces?

— Vencerlos con el ardid y la astucia que han querido emplear contra tí.

— Ese ardid es el oro que todo lo enfanga y envilece, y mis manos se han endurecido únicamente manejando la férrea empuñadura de mi espada.

— Vé ahí porque te traigo yo ese oro que te falta.

— ¿Tú?

Y Elomare dejó caer á los piés de Bebrix una pesada alforjilla de cuero rellena de joyas y de monedas de oro.

— ¿Todo esto es para mí? preguntó el jóven deslumbrado ante aquel tesoro y como queriendo sacudir un penoso sueño.

— Sí, Bebrix, le respondió Elomare.

— ¿Y á qué precio?

— Ya te lo diré cuando te presentes en la Asamblea general seguido de numeroso ejército, vestido de ropaje suntuoso, engalanado con ricas joyas y montando magnífico y esplendente carro. Bien sabes, Bebrix, que como mujer, como sacerdotisa y como parienta del poderoso rey Ambigat tengo el derecho de asistencia á los consejos. Gozo del poder que alcanza la belleza,

la religion y el nacimiento; calcula tú ahora lo que me será posible conseguir en favor de la persona que esté bajo de mi proteccion.

— ¿Que es preciso hacer para merecerla? preguntó Bebrix procurando dar á su voz una tierna entonacion. ¿Debo amarte á tí que eres la más bella de las mujeres?

— Debes obedecerme, respondió Elomare, con triste y melancólico acento. ¿Olvidas acaso que soy la esposa de Vintex? ¿Olvidas por ventura que la fangosa laguna espera en sus hediondas aguas á las adúlteras? ¿Has olvidado tal vez á la hija de Ruscín?.... Tú amas á Valla, Bebrix; Valla te amará, no lo dudes; hoy ha empezado.

Al decir estas palabras Elomare apartó el velo que cubria su bello rostro, alumbrado en aquel momento por el rojizo resplandor de lejanas hogueras, y su fiera arrogancia hizo estremecer á Bebrix.

— Mirame, le dijo, mirame bien, para que puedas reconocerme en la Asamblea de la Nacion; y no te olvides que has de presentarte en ella como uno de nuestros más ricos y poderosos guerreros.

Y escapando lijeramente, desapareció.

Bebrix siguió con la vista largo rato aquella blanca figura, que la hubiera creído una fantástica y soñada aparicion, si no

viera á sus piés el rico tesoro de que Elomare lo habia hecho poseedor.

III.

Todavía trascurrió un mes ántes que los diferentes pueblos y ejércitos, convocados por el rey Ambigat para la Asamblea general de la Nacion, pudiesen llegar al sitio designado para celebrarla.

Una luna despues de los sucesos que se dejan relatados en el precedente capítulo (1), veíanse ocupadas por una inmensa multitud de gentes las llanuras que bañan el Auron (2) y el Eure (3), donde se asienta hoy la ciudad de Bourges (4), residencia entónces del rey Ambigat, y en cuyas cercanías existía el Bosque Sagrado.

Los capitanes y soldados que, secundando la llamada de Ambigat, habian acu-

(1) Los celtas dividian sus años en lunas

(2) Rio tributario del Eure, y al cual se une cerca de Montreuil.

(3) Nace el Eure en unos pantanos en el departamento del Orne, y va á desaguar en el Sena por las inmediaciones de Pont-del-arche, despues de un curso de 65 leguas.

(4) Antiquísima ciudad con 18.000 habitantes. Fué capital del Berry, y hoy lo es del departamento del Cher. Créese que su fundacion data del tiempo de los celtas. Julio César la destruyó 52 años ántes de Jesucristo, y despues fué reconstruida por Carlo-Magno. Ha sido patria de Luis XI, de Santiago Cœur, de Bourdaloue y de Juan de la Chapelle.—(N. del T.)